

CARLOTA SOLE

Nacionalismo e inmigración en Cataluña

La industrialización de un país va seguida, generalmente de migraciones desde las zonas rurales a los centros industriales. Cuando estos centros se ubican en una zona delimitada histórica, lingüística y culturalmente, una de las consecuencias de la inmigración de personas de distinta procedencia cultural y de lengua es que a los problemas de amoldarse al trabajo industrial, se añaden los que derivan de la necesidad de adaptarse a nuevas costumbres, formas de vida, adoptar nuevos valores, símbolos y participar en instituciones de distinta índole.

Desde nuestra perspectiva¹, se trata de ver si la inserción de los inmigrantes en una de las tres clases fundamentales de la sociedad capitalista catalana, manifiesta a través de su participación en sindicatos, partidos políticos, en la lucha por las reivindicaciones en los barrios, el voto a partidos de clase, etc.², conduce o no a su identificación con la cultura (es decir, tradiciones, formas de vida, símbolos, normas, leyes, etc., que se desprenden de un modo de organizarse, producir, vivir; en el sen-

* Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Barcelona.

1. A efectos de análisis, hemos distinguido cuatro subprocesos en el proceso global de integración sociocultural, como interpenetración de los miembros y elementos (lingüísticos, culturales, sociales, políticos, etc.) de dos colectividades en una nueva sociedad y cultura. Estos procesos son: amoldarse al trabajo industrial; adaptarse a la vida urbana; adoptar normas, costumbres, códigos, la lengua de la sociedad receptora; aceptar y participar en las instituciones y símbolos de la sociedad y cultura receptoras. Para un desarrollo más extenso de estas premisas véase: Carlota Solé y Jesús Vicens: "Integració, assimilació, explotació...?", *Perspectiva social*, núm. 14, julio-septiembre, 1979, Barcelona, pp. 35-36.

2. Existen diversos estudios sobre temas afines al que aquí nos ocupa, de necesaria consulta; por ejemplo:

— Castles, S. y Josack, G.: *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Oxford University Press, 1973.

— Westergaard, J. y Resler, H.: *Class in a Capitalist Society, A Study of Contemporary Britain*, Heinemann, Londres 1975.

— Rex, J. y Tomlinson, S.: *Colonial Immigrants in a British City. A Class Analysis*, Routledge and Kegan Paul, Londres 1979.

tido antropológico de este concepto³), y la nación (es decir, unidad de población o grupo cuyos miembros comparten una misma identidad que los distingue de otros grupos, identidad resultante de rasgos distintivos como: un territorio común, uno o varios elementos de cultura y, entre ellos, la lengua; y el sentido de solidaridad entre los miembros de la población, que priva sobre los lazos étnico-raciales)⁴.

En una sociedad industrializada puede darse inserción de clase por parte de la población inmigrada en virtud de la defensa de sus intereses comunes como miembros de la misma. Ahora bien, luchar por las reivindicaciones de clase puede no significar luchar por las reivindicaciones de orden nacional-cultural —aunque, tal vez, sí, nacional-político—, ni evitar problemas étnicos o lingüísticos. Ambos tipos de lucha pueden no coincidir ni en la dirección ni en el ritmo⁵. El proceso de integración fluctuará constantemente entre la integración social (es decir, en la sociedad industrializada, a través de la inserción de clase) y la integración nacional-cultural al reivindicar como propio el ámbito, el entorno en cuyo seno los inmigrantes lleguen a sentirse y ser ciudadanos de pleno derecho, a la vez que co-protagonistas). Hablar en catalán coronará ese proceso sociocultural, independiente y por añadidura del proceso psicológico de identificación con una tierra, sociedad y nación. En este sentido, consideramos que, 1) la integración sociocultural es un proceso más amplio y determinante que el de asimilación lingüística o el de pura imitación de rasgos culturales, y 2) que lo precede. Es decir, hablar *en catalán* no es el criterio definidor, sino la manifestación más clara del proceso (previo) de integración de los inmigrantes en la estructura social y vida política de Cataluña.

La integración en una sociedad industrializada-urbana es realmente un problema para la mayoría de inmigrantes que proceden de zonas agrícolas y se convierten en obreros industriales o trabajan en los servicios de las grandes urbes⁶. El punto de origen (agrícola, rural) de esta

3. Kahn, J.S.: *El concepto de cultura: Textos fundamentales*, Anagrama, Barcelona 1975, *passim*.

4. Watson, J.L. (ed.): *Between Two Cultures*, Basil Blackwell, Oxford, 1977, pp. 8-11.

4. Véase: Rodison, M.: *Sobre la cuestión nacional*, Anagrama, Barcelona, 1975.

5. Smith, A.D.: *Teorías del nacionalismo*, Eds. Península, Barcelona, 1976.

5. En el caso de Cataluña, se trataría de saber si la participación en organizaciones de clase que tienen su homónimo a nivel de España, conlleva la integración de los inmigrantes a un nivel más particular: el de la nación y cultura catalanas, y en virtud de qué mecanismo se produce este tipo de integración.

6. Es evidente que los inmigrantes de clase alta y media se encontrarán menos afectados que los obreros por esta posible discriminación, puesto que por su origen de clase poseerán presumiblemente más recursos (nivel de estudios superior, más fácil y garantizado acceso a puestos de trabajo, más amplia red de conexiones e influencias, etc.) para hacer frente a los obstáculos de su integración.

Por otra parte, es un hecho que una parte importante de la población catalana 41% del total, según el Censo de 1975) proviene de otras tierras españolas y se instaló en esta tierra en una época de represión cultural y política que impidió el contacto con la realidad nacional-cultural de Cataluña.

gran mayoría de inmigrantes condiciona su ulterior proceso de integración en una sociedad industrial. Los autóctonos (entre los que se incluyen a los hijos de los inmigrantes) parten de posiciones de ventaja con respecto a los inmigrados por las relativamente mejores condiciones de acceso a la información sobre el mercado de trabajo, mayores posibilidades de empleo y movilidad ocupacional, de cualificación laboral y ampliación de conocimientos, mayores posibilidades de incorporarse a movimientos reivindicativos de larga tradición en Cataluña, etc., que los recién llegados. A las dificultades de amoldarse al trabajo industrial, debe añadirse el aislamiento en ghettos urbanos, las deficientes condiciones de habitat y vida asociativa. Todo ello unido a la realidad de instalarse y tener que adaptarse a una tierra y sociedad donde se habla una lengua distinta.

En Cataluña, el problema de la lengua se plantea para la mayoría de los autóctonos como la reivindicación nacionalista más inmediata y urgente por la que hay que seguir luchando, a pesar de la progresiva clasificación y delimitación de las diferencias de intereses de clase en el ámbito nacional catalán, en la época de transición democrática que atraviesa España. Para los inmigrantes, el problema de la lengua se plantea a corto plazo (¿una generación?) para quienes no han tenido posibilidades de adquirir un bagaje cultural que les permita, en Cataluña, competir en el mercado de trabajo; para quienes se ven obligados a encontrar empleo en grandes empresas donde se concentran inmigrantes realizando las tareas menos especializadas; para quienes no han tenido posibilidad de aprender el catalán –aún siendo mínimo por su parte, el rechazo a aprenderlo o a que la televisión ofrezca programas en catalán, siempre que se financien por la *Generalitat* en su mayor costo.

Una vez garantizada su enseñanza en las escuelas (a la par que se garantice un contenido de la educación adecuado a los requerimientos de las condiciones de trabajo y vida de una sociedad industrializada, avanzada), la lengua dejará (quizás) de ser problema. Pero como señalan inmigrantes y autóctonos, la cuestión prioritaria es conseguir la autonomía para Cataluña⁷. En este sentido, es significativo que en la negociación del *Estatut*, el mes de agosto de 1979, los temas más conflictivos e innegociables fueran los de hacienda autónoma y primeras elecciones al Parlamento de Cataluña⁸. Por el momento, los inmigrantes saben de antemano y al llegar a Cataluña que, aún cuando no hablen en catalán, se les va a atender y podrán hablar en castellano, lo cual facilita –paradó-

7. Solé, C.: "La identificación de los inmigrantes con la cultura catalana", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 9, Madrid, marzo-abril 1980.

8. Crónica de S. García, *El País*, 8 de agosto de 1979. Crónica de M. Madrigales, *Avui*, 7 de agosto de 1979.

jicamente, y en contra de la opinión de algunos catalanistas acérrimos—el primer contacto y acercamiento de los inmigrantes a Cataluña.

Es por ello que la idea de “catalanización” en el sentido lingüístico de normalización del uso del catalán sea aceptada por los inmigrantes. Pero en sentido antropológico y sociológico, “catalanización” como variante de aculturación⁹, tiene connotaciones asimilacionistas, que provocan reacciones contrarias por su presunto carácter opresor y divisorio de la población de Cataluña en razón de la lengua en que se hable. Un dato a tener en cuenta es que esta reacción se da tanto entre la población autóctona como la inmigrada. Los inmigrantes no ven su integración en Cataluña como una meta a alcanzar, como opinan muchos autóctonos que apuntan como elemento prioritario y definidor de integración: la voluntad de ser catalán que se demuestra hablando en catalán.¹⁰ Para los inmigrantes, la necesidad de asegurar el puesto de trabajo y el hecho de que todavía se ocupen puestos elevados en la jerarquía ocupacional aún sin hablar en catalán no hace tan acuciante esta voluntad, avalada por la realidad de que Cataluña forma parte de España y por el hecho de que el centralismo se ha dejado sentir cultural y lingüísticamente sobre la población autóctona.

“Sentirse catalán”¹¹, al igual que “sentirse andaluz, extremeño, gallego o murciano”, está en relación con el proceso de socialización primaria o, dicho en otras palabras, con el lugar donde se ha vivido la infancia y en el que se han internalizado valores, normas, pautas de conducta, etc. Este sentimiento, legítimo para catalanes, andaluces, extremeños y otros, de identificación personal con la forma de vida y cultura de las respectivas tierras de origen no es, ni tiene que ser necesariamente incompatible con el sentimiento de solidaridad que une a hombres y mujeres de distinta procedencia en la lucha por intereses y objetivos comunes, de clase social, sexo, religión, entre otros¹², y que tendría lugar a través del proceso de socialización secundaria. De ahí que —siguiendo nuestro planteamiento sobre el problema que se le plantea a

9. “Acculturation”, *International Encyclopedia of Social Sciences*, Crowell Collier, Macmillan, Inc., 1968.

— Watson, J.L. (ed.): *Between Two cultures*, Basil Blackwell, Oxford, 1977, pp. 11-21, 209-211.

10. Integración significa: “unificar una sociedad... es decir, suprimir los antagonismos que la dividen y ponen fin a las luchas que las desgarran... Una sociedad sin conflictos no se halla realmente integrada si los individuos que la componen continúan estando yustapuestos unos al lado de otros, como una masa en la cada individuo se encuentra aislado de los demás, sin vínculo verdadero con ellos. La integración supone no sólo la superación de los conflictos, sino también el desarrollo de la solidaridad” (Schoek, H.: *Diccionario de Sociología*, Herder, Barcelona 1973, “Integración”).

11. Es el hecho de poderse “sentir” catalán” aún sin hablar la lengua, como testimonian tantos profesionales e intelectuales de Cataluña. Ver *Taula de Canvi*, núm. 2, Barcelona 1976.

12. Para la distinción entre sentimiento nacional y nacionalismo como movimiento ideológico, ver: Smith, A.D.: *Las teorías del Nacionalismo*, Eds. Península, Barcelona 1976, pp. 235-253.

la primera generación de inmigrantes— sea posible hablar de su integración en la sociedad y cultura catalanas en cuanto a la adopción de símbolos y participación en instituciones que enmarcan la vida de hombres y mujeres adultos que han inmigrado a Cataluña, aún sin renunciar al sentimiento de arraigo a la tierra de nacimiento.

Es decir, pueden distinguirse dos niveles de integración: 1) aceptación a nivel ideológico-político y/o pragmático de la realidad societal y nacional de Cataluña, 2) aceptación a nivel psicológico de esta realidad. Generalmente, para la primera generación de inmigrantes, ambos niveles no se superponen en el tiempo o no coinciden nunca, sin dejar por ello de estar integrados al primer nivel. Para la segunda generación, el problema será distinto: los hijos de inmigrantes, nacidos en Cataluña, se encontrarán atrapados entre los valores, normas, expectativas culturales que les transmiten sus padres y las demandas sociales de la sociedad en la que crecen¹³.

Hoy y por el momento, no existe una separación antagónica en el seno de la población de Cataluña en virtud del lugar de nacimiento o la lengua en que se hable, pero sí hay un sentimiento fuerte y creciente de querer conservar las tradiciones, costumbres y lengua de la tierra de origen. Y, este sentimiento legítimo se encuentra tan arraigado (desde si glos) entre los autóctonos como (hoy empieza a serlo) entre los inmigrantes. Los primeros luchan en la propia tierra, en terreno propio, los segundos en terreno contrario, bajo la garantía de ser, al igual que los nacidos en Cataluña, ciudadanos de un mismo estado. Los autóctonos han luchado por el reconocimiento de su cultura y nación contra un estado centralista y han tomado como bandera del nacionalismo, para marcar los límites de diferenciación con aquel estado, sentido como ajeno a su nación y opresor; la defensa de la lengua. Los inmigrantes aceptan la realidad de Cataluña como nación, pero no se sentirán nacionalistas necesariamente del mismo modo que los autóctonos. La nación catalana es una realidad comprobable histórica y culturalmente, pero el nacionalismo del que ha estado imbuida tradicionalmente la población autóctona de Cataluña ha sido reiterada y fundamentalmente definido en términos de voluntad, de querer ser; en términos de sentimientos nacionalistas (y no como movimiento ideológico) que pueden ser utilizados —por no decir, manipulados— con fines diversos.

Como movimiento ideológico, el nacionalismo se vincula estrechamente con tendencias políticas de signo distinto, siempre con el objeti-

13. Un problema afín al que nos ocupa aquí, es analizado para el caso de los inmigrantes y minorías en la Gran Bretaña, por: Ballard, R. y Ballard, C.: *The Sikhs: The Development of South Asian Settlements in Britain*; Foner, N.: *The Jamaicans: Cultural and Social Change among Migrants in Britain*, en Watson, J.L., op. cit.

vo central de preservar al grupo nacionalitario de un poder o amenaza extraña o extranjera. En tanto en cuanto este poder o amenaza desaparece o cambia de naturaleza o estrategia, debe reformularse el contenido, objetivos y estrategia del movimiento nacionalista, que no perderá su carácter defensivo frente al poder del que intenta diferenciarse. Los inmigrantes temen que este carácter defensivo se convierta —en circunstancias históricamente menos virulentamente represivas, como los años posteriores al régimen político de F. Franco— en una actuación agresiva, chovinista y xenofóbica, en contradicción y contraste con el respeto al derecho de cada persona a hablar en la propia lengua, entre otras libertades individuales. Por otro lado, el afán de pureza idiomática y el miedo a la hibridez por parte de muchas personas nacidas en Cataluña ante las olas inmigratorias, no parecen estar en consonancia con la historia de Cataluña como tierra de paso, crisol de tantas etnias, culturas y lenguas que la han ido forjando, renovando y —¿por qué no decirlo, con optimismo?— la han enriquecido.

Así aparece la vinculación del problema de la inmigración no sólo en relación con los cambios profundos a que dará lugar en las estructura y composición social de Cataluña, sino también con la reformulación de las concepciones nacionalistas. Según la concepción y perspectiva que se tomen y la clase social que las sustente y logre imponer una concepción de la organización social y vida colectiva en el ámbito de la nación, será diferente el planteamiento y resolución de la integración de los inmigrantes. No en vano, centrado en la lucha *por* la “cultura nacional” de un pueblo, se ha hablado de “nacionalismo burgués” en contraposición a un posible “nacionalismo proletario”, entendido como lucha *contra* la opresión de una nación por un poder extraño o extranjero, en el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y sin negar la lucha de y entre las clases en el seno de una nación¹⁴.

En el caso de Cataluña, no tendrían por qué coincidir el proceso de integrarse en la realidad sociocultural de Cataluña, por un lado; y por otro, la adscripción a la voluntad emancipatoria de clase, porque lo segundo implicaría querer transformar la sociedad. Si, por el contrario, existiera un nacionalismo proletario, es difícil que la voluntad de querer integrarse no significara, a la vez, defender un proyecto político de transformación de la sociedad orientado a favorecer los intereses más generales del conjunto de la población. La exigencia u objetivo de la catalanización lingüística sería resultado o producto del nacionalismo más

14. Vilar, P.: *Iniciación al Vocabulario de la Historia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1980, pp. 145-200. Esta concepción de nación y nacionalismo que arranca de la Revolución Francesa se contrapone a la que se inspira en el Romanticismo alemán y las exigencias de las burguesías del industrialismo decimonónico de controlar un mercado y un estado (Pierre Vilar: op. cit., pp. 165, 171).

que objetivo final, el cual seguiría siendo la transformación de la sociedad¹⁵. Desde esta perspectiva, un obrero inmigrante, por ejemplo, podría identificarse con las tesis nacionalistas que ha propugnado y propugna la burguesía catalana, hasta el punto que no colisionaran con su conciencia de proletario; y un trabajador autóctono podría ser nacionalista (en el sentido anteriormente dicho, burgués) pero solidario con los trabajadores inmigrantes¹⁶.

De esta forma, nacionalismo como movimiento ideológico estaría explícita o implícitamente imbricado con la lucha de clases que pugnarían por imponer un nuevo proyecto político de sociedad (el proletariado) o por mantener el existente (la burguesía) asegurando cambios culturales y, en general, sobreestructurales, para el conjunto de la población. Así se articularía un nacionalismo de cariz populista que definiría la sociedad en términos de la lengua que se intentara oficializar y el lugar de nacimiento de sus miembros, universalizando los valores que sólo una parte de la población (los autóctonos) han internalizado en el proceso de socialización primaria, obviando otros valores y normas que surjan de los diferentes intereses de clase o grupo, concienciables conscientemente a través del proceso de socialización secundaria. Es por ello, que además de populista, este tipo de nacionalismo se presentaría como interclasista, por encima de intereses "particularistas". De ahí derivaría la versión del proceso de integración de los inmigrantes, común a posiciones ideológicas y políticas a menudo opuestas, que propugna la catalanización para evitar que Cataluña pierda la esencia de su "catalanidad", y en consecuencia, aboga por la necesaria asimilación de los inmigrantes. Estos prefieren integrarse a catalanizarse, en el reconocimiento de que, con su trabajo, han contribuido a "hacer Cataluña" en pie de igualdad con los autóctonos, y reclaman —con creciente insistencia— su derecho a la diferencia. Si ambas posturas se agudizaran, la división de la población de Cataluña en dos comunidades lingüísticas, étnicas, dejaría de ser una posibilidad para convertirse en realidad. Confiemos, por ahora, que el proceso de integración sociocultural de los inmigrantes signifique la unión en la diversidad, y no la fusión, la uniformización.

15. El factor movilidad ocupacional y social no es suficientemente determinante hoy en la voluntad de los inmigrantes por integrarse, puesto que en general y por ahora, no se precisa saber hablar catalán para ocupar los puestos clave en la sociedad.

16. Sobre este punto agradezco las sugerencias de mis alumnos del Curso de Doctorado, 1979-1980, especialmente las de mi colega José María Pascual y las de Alfonso Almuñá.